

La Teoría del Pobrecito.

Capítulo 1 – País para Pobrecitos

San Aurelio amanecía con la misma frase de siempre.

—**Pobrecitos**... —dijo la conductora del noticiero, con voz grave y gesto ensayado—. Otra vez la lluvia afecta a los barrios más vulnerables. El Estado está presente.

Estanislao escuchaba de fondo mientras revolvía el mate con una birome mordida. La tele estaba colgada medio chueca en la pared manchada de humedad, pero el volumen estaba siempre alto, como si en esa casa nadie quisiera perderse ni una desgracia.

—Mirá, nene... —dijo la abuela, desde la mesa, sin levantar la vista del rosario—. Siempre nosotros. Siempre nos toca.

"Nosotros", pensó Estanislao. Eso quería decir **los de acá**: los del barrio, los de la calle de tierra, los que aprendieron desde chicos a no esperar demasiado. Los que aparecían en la tele solo cuando todo se inundaba o alguien se moría.

La cámara mostraba casas anegadas, gente con los pies en el barro, niños en ojotas el día equivocado. Y la palabra flotando en el zócalo, en rojo:

"TRAGEDIA EN LOS BARRIOS MÁS HUMILDES: EL GOBIERNO AUXILIA A LOS POBRECITOS".

Estanislao se rió por lo bajo.

—Si nos siguen diciendo así, un día vamos a terminar creyendo, ¿no? —murmuró.

La abuela lo miró de reojo.

—¿Creyendo qué?

—Que somos eso. Pobrecitos.

La abuela hizo un gesto raro, mezcla de pena y enojo.

—¿Y qué querés que seamos, Estani? Si nacimos acá. Alguno tiene que ser el pobrecito en esta vida.

Él se encogió de hombros. Tenía diecinueve, una remera de fútbol falsificada y unas ojeras que no eran de fiesta, sino de juntar pedidos hasta tarde con la moto prestada

del vecino. El casco, abollado, descansaba en la silla, entre una pila de cuentas sin pagar y una bolsa de pan duro para los perros.

La madre salió de la pieza ajustándose el delantal del comedor comunitario.

—Cambiale, má —dijo—. Siempre ponen lo mismo. Puro pobrecito y promesa.

Pero no cambió el canal. Nadie lo hacía. La tele era como una ventana vieja: deformaba el paisaje, pero igual la necesitaban para sentirse parte de algo más grande que esas tres habitaciones.

En la pantalla apareció el Presidente, traje oscuro, gesto compungido.

—Nuestro pueblo ha sufrido mucho, demasiado —decía—. Durante décadas los han dejado de lado. Pero yo no los voy a abandonar. Porque ustedes... ustedes son **mis pobrecitos queridos**. Y mientras yo esté acá, no les va a faltar nada.

Aplausos. Gente llorando. Planes, bonos, tarjetas con nombres dulces.

La abuela se emocionó.

—Ese hombre sí nos entiende... —susurró—. Ese sabe lo que es pasar hambre.

Estanislao no estaba tan seguro. Miró al Presidente rodeado de banderas, micrófonos y guardaespaldas. Nadie con traje parecía saber lo que era que se corte el agua justo cuando te estás enjabonando.

Dejó el mate en la mesa.

—Ma, ¿a qué hora entro hoy?

—A las once —respondió ella, sin sacar la vista del televisor—. Y ojo con la moto, ¿sí? Bastante suerte tenés con que el Negro te la preste.

“Bastante suerte tenés”. Esa frase la había escuchado toda la vida.

Bastante suerte tenés de que no te falte comida.

Bastante suerte tenés de tener trabajo, aunque no esté en blanco.

Bastante suerte tenés de haber llegado a tercer año.

Bastante suerte.

Bastante.

Suficiente.

Como si pedir algo más fuera una falta de respeto al destino, al barrio, a la historia familiar.

En la esquina, el kiosco de Don Hugo era el centro de operaciones del barrio. Ahí se comentaba todo: los partidos, los robos, los muertos, las elecciones.

Estanislao llegó a comprar cigarrillos sueltos y se encontró con Ramiro, flaco, remera de banda y sonrisa de piedra.

—¿Y, Estani? ¿Arreglaste lo del laburo fijo en el depósito? —preguntó Ramiro, apoyado en la heladera de helados vacía.

—Me dijeron que sí... pero que espere —respondió Estanislao.

—¿Espere qué?

—Que se acomoden unas cosas. Que en este país es así.

Don Hugo, desde atrás del mostrador, se metió en la charla:

—Vos quedate tranqui, pibe. Alguna migaja cae. El gobierno siempre tira algo para los pobrecitos como nosotros.

Lo dijo casi con orgullo, como si hubiera en la palabra un reconocimiento oficial: el Estado los veía, los nombraba, los tenía en la lista.

Ramiro rió.

—Dejá de pelearla, Estani. Es más fácil anotarse en un plan y listo. Mirá al Chino, cobra tres y no hace nada. Sale más a cuenta ser pobrecito profesional.

La frase le quedó golpeando en la cabeza: **pobrecito profesional**.

Salió del kiosco con los cigarrillos en el bolsillo y un nudo molesto en el estómago. Miró la calle de tierra, el cableado enmarañado, los perros flacos durmiendo a la sombra de un auto sin ruedas.

En la pared alguien había pintado un mural del Presidente levantando los brazos. Abajo, un lema enorme:

“NADIE LOS VA A DEJAR ATRÁS”.

Habían escrito con aerosol, más chico, al costado:

“SI NO SE MUEVEN, NO HACE FALTA”.

Estanislao se detuvo un segundo. Eso último no lo había escrito el partido. Era otra mano, otra rabia.

Sacó el celular. La notificación de un grupo de WhatsApp del barrio decía:

"Reunión hoy a la tarde. Se viene nuevo programa de ayuda. Más beneficios para las familias más vulnerables. No falten."

Le dio risa y bronca al mismo tiempo. Vulnerables. Otra palabra para pobrecitos, pero con perfume técnico.

Al mediodía, en el comedor donde trabajaba la madre, la fila daba vuelta la manzana. Gente con tupper, con criaturas en brazos, con la ropa de trabajo todavía puesta. Algunos hablaban de fútbol. Otros, de la nueva ayuda.

—Dicen que si demostrás que estás sin trabajo, te dan más —comentó una mujer, cortando el pan—. A ver si el nene deja de insistir con eso de estudiar y se acomoda con algo.

Estanislao la miró de reojo.

—¿Y si consigue laburo en blanco, no le dan nada? —preguntó.

—Menos —respondió ella, como quien recita una tabla—. Al que labura bien le toca menos. Al que no tiene nada, más. Es justicia social, pibe.

Justicia. Otra palabra rara. En el barrio parecía significar que cualquiera que quisiera salir un poco del pozo debía hacerlo **a escondidas**, porque el sistema estaba diseñado para premiar al que se quedaba quieto.

Sin embargo, nadie lo decía así. Sonaba feo. En cambio, repetían:

—Hay que ayudar a los que menos tienen.

—Pobrecitos, mirá cómo viven.

—¿Cómo les vas a pedir más?

A la tarde, mientras lavaba ollas en la cocina del comedor, Estanislao escuchó la radio.

—En otros países exigen más a los alumnos, más a los trabajadores, más a los ciudadanos —decía un comentarista—. Acá, en cambio, el relato dominante es que somos un pueblo castigado, indefenso, que siempre sufre y al que hay que cuidarle todo. La teoría del pobrecito, le llamo yo...

Estanislao dejó caer la esponja.

La teoría del pobrecito.

Se quedó quieto, con las manos mojadas, mientras el locutor seguía:

—Si tratás a la gente como si fuera frágil, al final la volvés frágil. Si a un país entero le repetís que es víctima de la historia, del clima, de los de afuera, de los de arriba... tarde o temprano se lo cree. Y cuando se lo cree, deja de intentar.

La cocinera, una mujer robusta con delantal manchado de salsa, resopló.

—Este tipo no entiende nada. Que venga a laburar acá a ver si no somos víctimas.

Apagó la radio de un manotazo.

El ruido del dial cortado dejó un silencio raro.

Estanislao, sin embargo, había alcanzado a escuchar suficiente. No sabía exactamente qué era esa “teoría del pobrecito”, pero sospechó que tenía más que ver con su vida de lo que nadie ahí adentro estaba dispuesto a admitir.

Esa noche, de vuelta en su pieza, se acostó mirando el techo rajado. Oía a los vecinos pelearse, un trap lejano, una sirena insistente. El barrio entero sonaba como una olla a presión.

Abrió el cuaderno donde, de vez en cuando, anotaba ideas sueltas. Palabras que le gustaban, frases que escuchaba, cosas que quería recordar.

En la página en blanco escribió:

“Teoría del pobrecito = cuando te convencen de que no podés, y encima te lo venden como ayuda.”

Lo miró un rato. No sabía si estaba bien definido, ni le importaba. Era la primera vez que ponía en palabras algo que sentía desde hacía años y que nadie en su entorno parecía cuestionar.

Cerró el cuaderno y se prometió algo que no se hubiera animado a decir en voz alta:

Un día, de alguna forma, iba a entender de verdad cómo funcionaba esa teoría. Y cuando la entendiera, o se la tragaba como todos... o la rompía, aunque le costara todo.

Afuera, el noticiero de la noche repetía el discurso presidencial.

—No se preocupen, **mis pobrecitos** —decía la voz—. El país está en mis manos.

Estanislao apagó la tele.

Por primera vez, la frase no le sonó a consuelo. Le sonó a amenaza.